

MARIA AMPARO'S TRAILER, S.A.

María Amparo Escandón nos sube a su trailer y mete primera con una frase: “Devolverle la vida a toda la gente que maté es el deseo número uno de mi lista”. A partir de entonces ya nadie quiere bajarse de esta historia sobre ruedas llamada *Transportes González e Hija, S.A.*

La conductora ha aprendido a vivir en movimiento, de la carga y descarga de relatos, desde que, hace más de 20 años, se fue a vivir a Los Ángeles. Desde allá, en 1999, nos despachó *Santitos*, una novela deliciosa, leída en 85 países y 17 idiomas hasta hoy, y vista por millones en su versión cinematográfica. Así que asumimos el riesgo de treparnos a su troque por el estribo sospechando que el viaje será muy divertido, sin imaginar que ya dentro de la cabina nos tomarán por sorpresa: autopistas con destino a territorios inéditos, caminos pavimentados con humor y sabiduría, curvas para la conmoción y el asombro, *truck stops* para la ternura y para la risa, toneladas de ingenio vestidas de combustible, paradores repletos de historias y personajes dignos de *Las Mil y una noches* pero trasladados a la era de los grandes flujos migratorios, gente en perpetuo movimiento que se nos atravesará en el camino sobre la única alfombra voladora posible que es la imaginación y en busca del tesoro más codiciado de nuestros tiempos que es la identidad.

La llave de María Amparo para cerrar su troque con nosotros dentro es la literatura. Pero también, su habilidad para jugar con elementos propios del imperio de las imágenes como el *zapping* o el videoclip y atraparnos en una lectura sin escalas hasta el final.

La primera parada tiene lugar en una cárcel para mujeres en Mexicali donde la protagonista, Libertad, nos mantiene, como a sus compañeras de prisión, y como Scherezada al gran Sultán, cautivos de una historia que se resiste a revelarnos, a pesar de la insistencia de sus compañeras, como La Maciza, quien le advierte: “Ya te darás vuelo con tu historia cuando estés lista. Es lo único que hacemos aquí: darnos vuelo con nuestras historias”.

La protagonista nace, vive y crece dentro de un trailer recorriendo carreteras. Los paisajes y los libros son su contacto principal con el mundo. Y las

lecciones de su padre, Joaquín González, maestro universitario mexicano quien huye del país luego de un homicidio sucedido durante el conflicto estudiantil de 1968 y que lo hace presa, más que del ejército mexicano de quien se considera un fugitivo, de su propio miedo. Por eso tiene tantos nombres como espejos retrovisores y rebautiza a su hija cientos de veces. Virginia Ryder, la madre, desaparecerá pronto para dejarlos solos y con un destino: las autopistas; la vida, el aprendizaje y el desarrollo de su relación, dentro de un trailer sobre 18 ruedas en movimiento. Hasta que la niña se hace mujer y empieza a preguntarse en dónde reside la libertad.

La autora mete segunda y nos confiesa: “Yo no sé que me traigo, si es una fijación de las películas mexicanas de los 80 o qué, pero los de las traileras, los luchadores, las prostitutas y los narcos, me parecen, como los confesionarios al otro extremo, temas muy atractivos”.

La enorme diferencia es la mirada, el manejo del lenguaje y la perspectiva desde las que una escritora como María Amparo aborda estas atmósferas y convierte a su arsenal creativo en estuche de herramientas para introducirnos al universo de los trailers, de las raíces mixtas, los lenguajes fronterizos y a esa otra vida que se reinventan las mujeres tras las rejas.

Sándor Marai decía: “hay que buscar, cada vez con mayor obstinación, con devoción, constancia, ternura y compasión, la verdadera patria que es la lengua o quizás la infancia, o una calle sombreada por los plátanos”.

María Amparo, que se pasa buscando su verdadera patria, mete reversa y recuerda un episodio de la infancia cuando su padre, Julio Escandón, tuvo una flota de trailers con los que transportaba equipo de construcción. A ella le llamaba la atención ver la llegada y la partida de aquellos camionzotes con su carga pesada. Lo que miraba, dice, era un mundo de hombres donde ella no tenía entrada. Pero su búsqueda cala más hondo y encuentra: “Los hermanos varones siempre acaparan la atención del padre y pensé que una manera de ganarme a mi papá, era escribir este libro”.

Sabemos que Don Julio ya no pudo leerlo porque tomó la autopista celestial justo cuando su hija terminaba de escribirlo.

Ya encarrilada, Maria Amparo revela que para empaparse del tema viajó con los camioneros por todo Estados Unidos. Iba de arriba para abajo a dejar y a recoger cargas; escuchaba como hablaban por la radio, se metía a los comederos con ellos, los acompañaba a las gasolineras y alzaba las antenas de todos sus sentidos para entender ese mundo. A lo largo de millas y millas, ellos le contaron sus historias, sus aventuras, su vida dentro de un camión, y pronto se hizo aprendiz aunque, confiesa, “nomás uno me dio chance de manejar, al final y en una recta, como 100 millas”. Finalmente, aprendió a meterse en los zapatos de esos nómadas sobre ruedas.

Otro motor de la novela se encendió un día cuando Maria Amparo, atorada en un *freeway*, leyó en enormes letras sobre un trailer: “*Jenkins & Sons Trucking*”. Se inquietó: “Y las hijas ¿dónde están? ¿en la cocina? ¿barriendo? ¿por qué siempre los negocios son de fulanito e hijos?, me dieron ganas de que hubiera un negocio *Fulanito & Daughters*”. Y convirtió sus ganas en “Transportes González e Hija, SA”. Y transformó a la madre en tatuaje, sueño, añoranza, en cubo de hielo en el desierto, en pluma fuente con la tinta reseca, en piedrita de grava proyectada contra el chasis, en búsqueda incesante de un reemplazo; en buñuelos y pan frito que siempre resultaban “espejismos del corazón”.

La cabina del trailer es un laboratorio donde la autora explora la compleja relación padre-hija. Como el *Acalli* de Genovés en el océano, pero sobre llantas que ruedan con el diesel de la ficción literaria. Libertad crece en ese trailer y se llena de literatura. Hay escenas que estremecen, como el dolor con el que la joven debe de arrojar cada libro leído por la ventana dejando los caminos salpicados de cultura. *Rayuela* en la autopista interestatal I-10; *Hamlet* entre las varas de los arbustos desérticos en la 86 o *El Quijote* sobre las dunas de arena camino a Palm Springs, porque no hay más lugar para guardarlos que los estantes virtuales de su memoria privilegiada. El mismo destino tienen sus propios poemas porque, dice, “sólo con mi escritura podría dejar yo huellas en el pavimento”.

Con la cabeza llena de palabras y de autores Libertad llega a la cárcel. Y si dentro del troque la literatura juega un papel importante, en prisión instala su reino. El Club de lectura que encabeza todos los miércoles es la ventana por la

que sus compañeras ventilan sus sentimientos, su visión del mundo, su condición femenina, sus frustraciones, y sus sueños. Y escuchan, sin saber, la historia de Libertad, que ha encontrado como recurso, abrir cualquier libro para disimular que lee mientras les narra su propia tragedia. Una de las presas está tan cautivada que al llegar el día de su liberación pide quedarse un tiempito más para no perderse el siguiente capítulo.

Libertad no tiene otra cosa que palabras y eso la convierte en Scherezada, en juglar, en amanuense y en detonadora de sueños.

María Amparo sostiene el volante con fuerza y asegura: “La imaginación es el refugio que siempre sale al quite en las condiciones más terribles”. Y mientras mira el espejo retrovisor, continúa: “Yo formo parte del Pen Center, una comisión que aboga por liberar escritores encarcelados. Y siempre me ha impresionado que, paradójicamente, sea en la cárcel donde mejor escriben sobre la libertad”.

El mundo, diría Ernesto Sábato, “nada puede contra un hombre que canta en la miseria”.

El secreto, recurso fascinante y tormentoso de los seres humanos, es un pasajero permanente en el trailer de los González, es la quinta rueda donde se afianza el remolque, un acompañante que marca la vida de Joaquín y su hija. Dicen los psicólogos que cuando guardamos un secreto en familia empezamos a vivir en periferia y todos sus protagonistas se mueven en virtud de un entramado de hilos invisibles, como ciegos artesanos de su historia.

Pero también dicen que tarde o temprano la realidad exige sus palabras. Y en la novela, es un coro de voces el que nos va revelando el secreto. La voz de la narradora en tercera persona, la de Libertad en el club de lectura, la que fluye a través de la radio de los trailers y aquella, mucho más íntima y poética, que la protagonista entinta sobre un rollo de papel de baño cuando hay luna que la ilumine:

*¿Cuánto tiempo ha pasado desde que besé? Prefiero no tratar de recordar. En las noches más que nunca deslizo los dedos por mi piel, primero tímidamente, después con todo el peso de mis palmas. Brazos, piernas,*

*pechos. Con fuerza alrededor de mi cuello, y con un apretón final en los hombros. Afuera, alguien querría acariciarme. Lo sé y es mi castigo.*

La cárcel es la cárcel y María Amparo lo sabe. Porque también las visitó. Cambia de carril para platicarnos que estuvo en la Cárcel de “El Pueblito” en Tijuana, la que Fox mandó tirar porque estaba infestada de corrupción, drogas, prostitución y ratas. Pero antes, ella entrevistó a todo tipo de gente, desde presos de cuello blanco hasta el que se robó unos dulces. Del otro lado, en California, se introdujo en una prisión como traductora voluntaria de español e inglés.

Escandón pisa el acelerador y recuerda en voz alta: “Un día le pedí al cura que las confesaba que me presentara a una presa que llevaba como 32 años ahí, eran grandota, guapa, cincuentona. Ella me platicó mucho. Resultó ser Leslie Van Houten, una de las asesinas del grupo de Charles Manson, del clan que mató a Sharon Tate”. Ciertamente, bromea “he ampliado mi círculo de amigos”.

Dice que aprendió mucho. Tanto, que supo ver que detrás de las rejas también hay rincones para la dignidad, la solidaridad femenina, el poder redentor de los afectos, la capacidad humana para reinventar los espacios y darle una oportunidad al abrazo e incluso, a la libertad en el encierro.

¿Cómo vive un escritor la escritura después de estas experiencias?

María Amparo dedicó un año a la investigación. Y otro, a olvidarla. Es decir, tomó la cuneta y se parqueó. “No quería hacer un tratado de camionerismo o criminalística, así que intenté olvidarme de todo y quedarme con la esencia de lo vivido para escribir la novela”, dice.

Por eso es escritora. Con razón, el guionista John Sayles observa que esta novela “habla de nuestro impulso de transformar los eventos en historias y las historias en puentes de comprensión”.

María Amparo, cuando escribe, usa, como los trailers, espejos con calentón, de esos climatizados para evitar que se empañen, y por eso podemos ver con claridad un cachito de sí misma en cada personaje. Como Libertad, que

cambia su cama de colchón nuevo por una en condiciones miserables a cambio de rayos de luna para poder escribir, Escandón convierte a los aviones en estudio o se encierra en un hotel a terminar su novela en la eterna búsqueda femenina de “Un cuarto propio” que proponía Virginia Wolff.

También sabe lo que es vivir errante y, desarrollar varias vidas al mismo tiempo. Hay que imaginarla en India presentando *Santitos*, luego en Phoenix transportando parabrisas y al día siguiente metida en la cárcel de Tijuana. Además, tiene dos hijos adolescentes, da clases y es socia de Benito Martínez-Creel, su marido, en una agencia de publicidad.

De pronto surge la pregunta ¿todas ellas son María Amparo? Igual que la protagonista de la novela cuando lee en su nuevo trailer “Transportes González e Hija” y reflexiona “Yo era la ‘hija’, la sin nombre. Esas palabras contenían mi identidad. ¿Quién soy? ¿Soy Libertad, Filomena Hernández, Fermina Martínez, Plutarca Gómez, Gervasia González, la Mujer de la Lodera, o quién?”

Por eso las dos escriben, para encontrarse. Si uno mira el horizonte que María Amparo dibuja del otro lado del parabrisas descubrirá que detrás del sentido del humor que habita su novela y de la gracia con la que maneja el *espanglish* está, vestida de aventura y suspenso, la cuestión de la identidad, la condición del migrante, la constante comparación entre México y Estados Unidos, la imagen romántica de la tierra de origen o aquella, idealizada, que heredan los hijos de mexicanos nacidos del otro lado del Río Bravo:

*Imaginé ciudades coloniales respetadas por el tiempo, legados de culturas viviendo en amasiato, anidadas entre montañas y cascadas. Vi cúpulas de templos forradas de azulejos alcanzando los cielos en divino fervor, callejuelas empedradas serpenteando entre patios iluminados por la luna donde tríos soñolientos cantan boleros, balcones abrazándose unos a otros, pórticos saludando a la lluvia y jardines ocultos a la espera de parejas que se enamorarán...*

María Amparo sabe lo que es llegar a México y aterrizar para lanzarse directito y sin escalas por unos tacos al pastor o manejar hasta la frontera con tal de comerse unas tostadas de camarón. Y mientras toma su agua de

horchata remata: “Cuando siento demasiado orden en mi vida y necesito un poco de caos me voy para Tijuana”.

“¿De dónde soy por fin?”

Ni de aquí ni de allá y de los dos lados. Vivir entre dos mundos tan distintos y contradictorios no ha de ser fácil, pero le ha permitido a la escritora llenarse de curiosidad, de temas y de lenguajes, escribir en los dos idiomas, y darle la razón cuando dice: “Las palabras son mi único territorio real”.

María Amparo comienza a frenar el trailer, pero no su reflexión: “Yo creo que por eso escribo, por la necesidad de encontrar un espacio donde cambiar lo que no me satisface del mundo. Escribir es un autoengaño, inventar un mundo irreal para poder controlarlo. Yo no tengo ningún poder para que arreglen los baches en la ciudad de México, ni tampoco para quitar a Bush de la presidencia. Entonces creo un mundo donde sí puedo cambiar las cosas.”

En el trailer nos acompañan La Maciza, la Yanisyoplin, la Rata, La Matriarca, Rarotonga, La Chapopota, La Venadita y la Diva entre otras camaradas del universo carcelario, donde, al igual que en el medio trailero el verdadero nombre es el apodo, como Sorry Eyes, Wiseguy, Speedo Guido, Sweet&Low, Piñata, Wonderboy, Meteor o Spitfire que viajan con sus cargas de verduras, abarrotes, muebles, ganado, autos, materiales de construcción y toda una vida por contarnos. También ocupa lugar un San Antonio, cómo no, que ya no está de cabeza porque hizo posible que para Libertad se abriera una página luminosa de erotismo y amor en tierra firme.

Al terminar la lectura, descendemos del trailer y descubrimos a un pasajero más que viajó escondido en el remolque, más atento que ningún otro. Es Julio Escandón y ha descubierto a su hija María Amparo.